

La Sinfonía pastoral



André Gide

La Sinfonía pastoral

TRADUCCIÓN DE JOSÉ Á. ZAPATERO



menos**cuarto**

Título original: *La symphonie pastorale*

© Editions Gallimard, 1919
© de esta edición, Menoscuarto, 2022
© de la traducción, José Á. Zapatero, 2022

ISBN: 978-84-15740-83-4
Dep. Legal: P-219/2022

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: Oscar Keys | Unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Jean Schlumberger

Cuaderno primero

10 de febrero de 189...

La nieve, que no ha dejado de caer desde hace tres días, bloquea los caminos. No he podido ir a R... donde, desde hace quince años, acostumbro a celebrar el culto dos veces al mes. Esta mañana, únicamente treinta fieles se han congregado en la capilla de La Brévine.

Aprovecharé el tiempo libre que me ofrece este forzoso enclaustramiento para volver atrás y relatar cómo llegué a ocuparme de Gertrude.

Me propongo escribir aquí todo lo que concierne a la formación y al desarrollo de esta alma piadosa, a quien me parece que hice salir de la noche solo para la adoración y el amor. Bendito sea el Señor por haberme confiado esta tarea.

Hace dos años y seis meses, subiendo de La Chaux-de-Fonds, una chiquilla a la que yo no conocía de nada,

vino a buscarme a toda prisa para llevarme a siete kilómetros de allí, junto a una pobre anciana que se estaba muriendo. Aún no estaba desenganchado el caballo; hice subir a la niña al carruaje, después de haberme provisto de una linterna, pues pensé que no podría estar de regreso antes de la noche.

Creía conocer perfectamente todos los alrededores del municipio; pero pasada la granja de la Saudraie, la niña me hizo tomar un camino por el que, hasta entonces, nunca me había aventurado. Reconocí, sin embargo, a dos kilómetros de allí, a la izquierda, un pequeño lago misterioso donde de joven había ido alguna vez a patinar. No lo había vuelto a ver desde hacía quince años, puesto que ningún deber pastoral me llama por estos lugares; no habría sabido decir dónde estaba y había dejado de pensar en ello cuando, de repente, en el hechizo rosa y dorado del atardecer, lo reconocí, aunque me pareció que nunca había visto algo igual sino en sueños.

El camino seguía el curso de agua que rebosaba del lago, atravesaba el extremo del bosque y luego bordeaba una turbera. Ciertamente, no había estado nunca allí.

El sol se estaba poniendo y hacía ya un buen rato que caminábamos en la penumbra, cuando al fin mi joven guía me indicó con el dedo, en la falda de una loma, una choza que hubiera podido creer deshabitada, sin un tenue hilillo de humo que se esfumase, azulado en la

sombra y luego rubio en el oro del cielo. Até el caballo a un manzano cercano y fui a reunirme con la chiquilla en la habitación oscura donde la anciana acababa de morir.

La gravedad del paisaje, el silencio y la solemnidad de la hora me tenían sobrecogido. Una mujer todavía joven estaba arrodillada junto al lecho. La niña, que yo había tomado por la nieta de la difunta, pero que no era más que su sirvienta, encendió un candil humeante y luego se quedó inmóvil al pie de la cama.

Durante el largo camino, había intentado entablar conversación con ella, pero no pude sacarle ni cuatro palabras.

La mujer arrodillada se levantó. No era una pariente, como supuse al principio, sino simplemente una vecina, una amiga, a quien la criada había ido a buscar cuando vio que su ama se debilitaba, y que se ofreció para velar el cuerpo. La anciana, me dijo, se había apagado sin sufrimiento. Convinimos juntos las disposiciones que había que tomar para la inhumación y la ceremonia fúnebre. Como frecuentemente me sucede, en esta tierra perdida, tuve que decidirlo todo. Me sentí algo incómodo, lo confieso, por dejar aquella casa, por pobre que fuese su apariencia, al cuidado únicamente de aquella vecina y de la joven criada. Con todo, no me parecía muy probable que hubiese en algún rincón de aquella miserable morada ningún tesoro escondido... ¿Y qué podía hacer? Pregunté, no obstante, si la anciana dejaba algún heredero.

La vecina, entonces, tomó el candil, que dirigió hacia un rincón del hogar, y pude distinguir, acurrucado en la chimenea, un ser incierto que parecía dormido; la espesa masa de sus cabellos ocultaba casi completamente su rostro.

—Esta muchacha ciega; una sobrina, por lo que dice la criada. Al parecer, a eso se reduce la familia. Habrá que meterla en el hospicio; si no, no sé lo que será de ella.

Me molestó oír que se disponía así de su suerte, delante de ella, preocupado por el disgusto que tan brutales palabras pudieran producirle.

—No la despierte —dije suavemente, invitando así a la vecina a bajar la voz.

—¡Oh!, no creo que duerma; pero es idiota; no habla ni comprende nada de lo que se le dice. Desde esta mañana que llevo en la habitación, ni se ha movido del sitio. Al principio, creí que era sorda; la criada afirma que no, sino que, sencillamente, la anciana, que sí era sorda, nunca le dirigía la palabra, como a ninguna otra persona, ya que no abría la boca más que para comer o beber.

—¿Qué edad tiene?

—Unos quince años, supongo; por lo demás, yo no sé más que usted...

No se me ocurrió, en un primer momento, ocuparme personalmente de aquella pobre criatura abandonada; pero una vez que hube rezado, o, más exactamente, durante la oración que dije, entre la vecina y la pequeña

criada, ambas de rodillas en la cabecera del lecho, y yo también arrodillado, de pronto me pareció que Dios ponía en mi camino una especie de obligación a la que no podía sustraerme sin cierta cobardía. Cuando me levanté, ya había decidido llevarme a la niña esa misma noche, aunque no me hubiese preguntado claramente aún lo que podría hacer con ella en adelante, ni a quién podría confiarla. Permanecí todavía algunos instantes contemplando el rostro dormido de la anciana, cuya boca arrugada y hundida, parecía como apretada por los cordones de la bolsa de algún avaro, habituada a no dejar escapar nada. Luego, volviéndome hacia la ciega, comuniqué a la vecina mis intenciones.

—Mejor será que no esté aquí mañana, cuando vengán a recoger el cuerpo —dijo ella. Y eso fue todo.

Muchas cosas se harían fácilmente si no fuera por las quiméricas objeciones que, a veces, a los hombres les gusta inventarse. Desde la infancia, cuántas veces se nos habrá impedido hacer esto o lo otro que hubiéramos deseado hacer, sencillamente porque oímos repetir alrededor nuestro: no podrá hacerlo...

La ciega se dejó llevar como una masa sin voluntad. Los rasgos de su rostro eran regulares, bastante hermosos, pero absolutamente inexpresivos. Cogí una manta del jergón en el que debía de acostarse de ordinario, en un rincón de la habitación, bajo una escalera interior que llevaba al granero.

La vecina se había mostrado complaciente y me ayudó a cubrir a la muchacha cuidadosamente, pues la noche era clara y fresca; y, tras encender la linterna del cabriolé, emprendí la marcha, llevando acurrucado junto a mí, aquel bulto de carne sin alma cuya vida no percibía más que por la comunicación de un tenebroso calor. Durante todo el camino pensaba: ¿duerme? Y con qué negro sueño... ¿En qué difiere para ella, en este caso, la vigilia del sueño? Huésped de este cuerpo opaco, un alma espera, sin duda, amurallada, a que venga a tocarla al fin algún rayo de vuestra gracia, ¡Señor! ¿Permitiréis que mi amor, quizá, aparte de ella la horrible noche?...

Tengo demasiada preocupación por la verdad como para callar la desafortunada bienvenida que hube de sufrir a mi regreso a casa. Mi mujer es un jardín de virtudes; incluso en los momentos difíciles que a veces hemos tenido que atravesar, no he podido dudar un solo instante de la calidad de su corazón; pero a su caridad natural le desagrada ser sorprendida. Es una persona de orden que le lleva a no pasarse ni a quedarse corta en el cumplimiento del deber. Su misma caridad está regulada como si el amor fuese un tesoro agotable. Ese es nuestro único punto de discordia.

Su primer pensamiento, cuando me vio llegar esa noche con la pequeña, se le escapó en este grito:

—¿De qué nueva carga te vas a ocupar?